

De la mano de Dios

Fernando del Paso

En este texto, que sirve de introducción al libro Bajo la sombra de la Historia. Ensayos sobre el islam y el judaísmo, de próxima publicación por el Fondo de Cultura Económica, Fernando del Paso se introduce en los laberintos de la religión desde la perspectiva del agnosticismo, es decir, desde la imposibilidad de saber si Dios existe o no, y hace una defensa del intelectual latinoamericano como ciudadano del mundo, capaz de pensar los dilemas religiosos de otras regiones.

LIBRE DEL PECADO DE ORGULLO

Yo no soy un historiador. Pero soy un testigo de mis tiempos. Un testigo privilegiado.

Privilegiado por ser agnóstico y por ser latinoamericano.

Que me había transformado en agnóstico —aunque en ese entonces no conocía esta palabra— lo descubrí cuando tenía doce o trece años de edad: un día perdí la fe de una manera fulminante y definitiva.

De que era yo un latinoamericano me di cuenta cuando salí de México para vivir primero en Estados Unidos y después en Londres.

Hay una diferencia entre ser *ateo* y ser *agnóstico*. *Agnóstico* es un término acuñado por el célebre biólogo inglés del siglo XIX, T.H. Huxley, quien al parecer se inspiró en la inscripción *Agnostos Theos* —“Al Dios desconocido”— que San Pablo afirmó haber visto en un altar de Atenas. *Ateo* —y en particular el dogmático— es el que niega de manera rotunda la existencia de Dios. *Agnóstico* es el que está convencido de que nunca será

capaz de descifrar los misterios de la Creación, y por lo tanto se abstiene de cualquier intento al respecto. El *Diccionario de filosofía* de Ferrater Mora nos dice: “El agnosticismo en el sentido de Huxley no se opone al saber; se opone únicamente a la pretensión de saber lo que no se sabe”. Y más adelante nos recuerda que el filósofo español Tierno Galván distingue, en el ateo, una voluntad: la de que Dios no exista, voluntad que no tiene el agnóstico. El agnóstico no echa de menos a Dios, se limita “a vivir en la finitud”. En cierto modo, el ateo dogmático es un no creyente activo y proselitista, y el agnóstico, un no creyente pasivo. Pero existe también el ateo escéptico, que comparte con el agnóstico el reino de la indiferencia.

También comparten ambos —el ateo y el agnóstico—, aunque no siempre, la indignación ante tanto crimen y tanta estulticia consentidos por el Dios al que los creyentes judíos llaman *justo* y los musulmanes, y en mayor medida los cristianos, *todo misericordia*. Pero al mismo tiempo ambos procuran vivir un poco dentro del olvido de la realidad —nadie tolera una dosis muy alta



Filippo Lippi, *Coronación de la Virgen* (detalle), 1441-1447

de realidad, decía Cioran, a quien cito de memoria— y darle cada día un poco de sentido a su vida. Este poco de sentido crece a medida que tanto el uno como el otro actúen dentro de un marco ético que pudo haber tenido como origen, algunas veces, el haber sido educado en la infancia en el seno de una religión, o que es resultado de haber elegido, *motu proprio*, un equilibrio entre el egoísmo, que es el amor por sí mismo, y el amor a los demás, cuando éste existe. Porque no siempre se da. También entra en estas consideraciones la conveniencia: “No hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti”, como dice el *Talmud*.

En ocasiones, los no creyentes despertamos cierta compasión en algunos creyentes: después de todo, para ellos, los no creyentes somos unos seres desvalidos, literalmente abandonados por Dios. Suelen también pensar, los creyentes, que para un ateo la vida no tiene sentido. En realidad, vista desde cualquiera de las dos posiciones, la vida no tiene sentido. El creyente se lo inventa. El ateo lamenta esta ausencia y trata de superarla porque sabe, o intuye, que si la vida del ser humano tuviera sentido, no tendría sentido: todos seríamos ángeles. Dios nos dio esa maravilla que es la razón, pero al mismo tiempo la limitó a un extremo doloroso. Dios nos creó, dice la *Biblia*, dice el *Corán*, para que lo adorásemos; pero no nos proporcionó las herramientas suficientes para hacerlo. Yo no puedo adorar algo que no entiendo y que sé que nunca entenderé. Un dicho judío afirma que lo único que tiene que explicar el creyente es la existencia de Dios. En cambio, el ateo tiene que explicar la existencia de todo lo demás. Pero yo pienso que, si una de las carac-

terísticas inmanentes de Dios es la inexplicabilidad, los creyentes, entonces, nada se explican, y esto nos coloca en igualdad de circunstancias.

Sin embargo, las más de las veces los ateos provocamos no la lástima de los creyentes, sino su irritación, y algo más grave aún: el desasosiego. No entienden por qué no creemos, no quieren entenderlo, no les gustaría entenderlo. Lo que es más: a lo largo de mi ya larga vida, me he encontrado con muchas personas que piensan que en el fondo, muy en el fondo, los no creyentes creemos, pero que la soberbia no nos deja confesarlo. Les molesta también que no creamos en el infierno —sólo en el que vivimos—, que sería por antonomasia el castigo merecido por los ateos, ni en el premio al que nos acercaríamos si comenzáramos a creer: el cielo. No comprenden que para un ateo —el buen ateo, esto es, el buen amigo, el hombre honesto y leal, el buen ciudadano, buen hijo y buen padre— el premio de sus buenas acciones son las acciones mismas. Y el castigo para las malas acciones, si no el infierno eterno, sí algunas temporadas en él. Concepto nada nuevo, por supuesto; ya lo decía el gran filósofo judío Baruch Spinoza y, varios siglos antes, el heresiarca Pelagio, quien además de no creer en la transmisión del pecado original, afirmaba que la gracia sobrenatural del Señor no era indispensable para que un hombre viviera una vida santa.

“Creer en Dios es un pecado de orgullo [...] el ateísmo, a la inversa, es una forma de humildad”, nos dice el filósofo francés André Comte-Sponville, quien, sin embargo, no deja de señalar que, en lo que se refiere a la pérdida de un ser querido, los agnósticos somos mucho más vulnerables que los creyentes: tenemos la convicción de que nunca lo volveremos a ver, nunca, en toda la eternidad.

Aunque esto nos da una pequeña ventaja: cuando ocurre una desgracia así, no tenemos un Dios a quien reclamarle. No tenemos un Dios de cuya misericordia podamos dudar.

¿*En qué creen los que no creen?* es el título de la publicación de un debate que se dio entre el gran escritor y lingüista italiano Umberto Eco y el entonces cardenal de Milán, Carlo Maria Martini. La mejor respuesta que yo encontré en su lectura a esta pregunta es de Eco: “[los ateos] encuentran en la Vida, en el sentimiento de la Vida, el único valor, la única fuente de una ética posible”. Y agrega a continuación: “Y sin embargo, no existe un concepto más fugitivo, vago, o como suelen decir ahora los lógicos, *fuzzy*—esto es, *confuso*—”. Eco tiene razón. Muy pocas cosas hay tan vagas, fugitivas y, en una palabra, confusas, como la propia vida. En otras palabras, el sentido que para un agnóstico tiene la vida corresponde a las características mismas de la vida.

Pascal piensa que la autoafirmación de un no creyente, lejos de ser una manifestación llena de alegría,

debería ser un acto cargado de tristeza. Para mí, ser un no creyente no es un hecho que me haya dado una satisfacción particular. Tampoco una tristeza especial. No vivo en la noche oscura del alma, como podría suponer San Juan de la Cruz. Tristeza tengo, sí; la he tenido desde siempre, por el mundo. “Pobre gente toda la gente”, decía el gran poeta portugués Fernando Pessoa. Sí, pobre gente todos nosotros.

Esto no significa que tenga lástima de mí mismo. Al menos no más de la que es estrictamente necesaria para aproximarme a la comprensión de los vínculos que existen entre mi persona, como ser humano, y la realidad. Entre mi persona y los demás. Entre mi vida y mi muerte. Entre el encanto del Paraíso perdido que es la infancia, cuando se tiene una infancia razonablemente feliz —que no es siempre el caso, pero fue el mío—, y el desencanto que, con paso lento, se apodera de nosotros a medida que pasan los años. Que tampoco es siempre el caso, pero que sí es el mío.

Durante muchos años pensé —lo que desde luego implicaba una buena dosis de arrogancia— que los no creyentes entendemos mejor por qué creen los creyentes, de lo que los creyentes entienden por qué no creemos los no creyentes. Sin embargo, un día me di cuenta de que no siempre es así, y que una buena parte de mi vida la había dominado —la domina todavía— una curiosidad nunca saciada: la de encontrar una respuesta a la pregunta inversa a la que da título a la polémica entre Eco y el cardenal de Milán: *¿en qué creen los que sí creen?* Y sobre todo, *¿por qué?*

Una de las experiencias que más me impresionaron en la infancia está vinculada a un muchachito que no podía tener un apellido más judío: Cohen. En la calle donde nací, en la colonia Roma de la Ciudad de México, vivían dos o tres familias judías que tenían grandes residencias. Unas cinco calles hacia el este del barrio existía un núcleo de judíos de muy escasos recursos. Éstos eran los que enviaban a sus hijos a las escuelas públicas. Mis padres me inscribieron primero en una escuela de monjas, pero no pudieron pagar la colegiatura y me enviaron entonces a la Primaria Benito Juárez. Allí conocí a Cohen. Como en toda escuela pública mexicana, estaba prohibido enseñar religión. Pero la maestra de tercero de primaria, una española franquista, católica acérrima, nos obligaba a todos a rezar el Padre Nuestro y a persignarnos antes de comenzar las clases. No hacía excepción con el pequeño Cohen, el único judío de la clase: era necesario salvar su alma. Y a Cohen, mientras movía la mano y los labios, se le escurrían las lágrimas. Creo que ésa fue la primera vez que aprendí lo que significaba la palabra *injusticia*, porque cuando se lo conté a mi madre, católica ella misma, eso dijo: “Es una injusticia”. No fui amigo de Cohen, pero nunca olvidé sus lágrimas. Nunca, tampoco, por qué la profesora no

entendía que Cohen no creía en las mismas cosas que ella, y que estaba en su derecho de hacerlo. Pero comencé a darme cuenta de que había en el mundo personas que creían en cosas muy diferentes de las que me habían enseñado en la casa como las únicas cosas en las que había que creer.

En la secundaria tuve mi primer amigo judío, un genio de las matemáticas —a las que entonces yo aborrecía—, quien durante los exámenes me pasaba a hurtadillas las soluciones. En una ocasión le dije que quería volverme judío. Su familia, como era de esperarse, me disuadió. Fue en esa misma época en la que comencé a frecuentar las librerías esotéricas, en las que adquirí *Isis sin velo*, de Madame Blavatsky, y leí a Maimónides. El título del tratado más conocido de este célebre filósofo, teólogo y médico judeoespañol se ha traducido al español cuando menos de dos maneras diferentes: *Guía de los descarriados* y *Guía de los perplejos*. Prefiero la segunda versión, porque, después de leerlo, a los doce o trece años de edad, me agregué, como era de esperarse, a la lista de los perplejos. A esa edad, desde luego, nunca había oído yo hablar de Aristóteles ni de su influencia sobre el sabio judío.



Gustave Doré, *Divina Comedia, Paraíso*, París, 1868

En la secundaria tuve otro amigo, que era evangelista. Un sábado en la tarde me invitó a asistir a su templo, a lo que él llamaba “un duelo”. Me agregué a una reunión de unas diez o quince personas, de sexo y edades diferentes, aunque los jóvenes éramos mayoría. Cada uno tenía en sus manos una *Biblia* cerrada: la protestante, la versión de Cipriano de Valera y Casiodoro de Reina. A mí me prestaron un ejemplar. El director del duelo, al frente de nosotros, tenía también una *Biblia* en las manos. El duelo, o competencia, consistía en que el director pronunciaba el nombre de uno de los libros de la *Biblia* y los números de un capítulo y versículo de éste, del Nuevo o del Antiguo Testamento, si bien con mucha mayor frecuencia de este último. Por ejemplo, decía: “Sofonías uno diecisiete” o “Éxodo veintinueve veinte”. El primero que encontrara el versículo lo leería enseguida en voz alta y se anotaba un punto. De Sofonías: “Y atribularé a los hombres, y andarán como ciegos, porque pecaron contra Yahveh; y la sangre de ellos será derramada como polvo, y su carne será como estiércol”. Del Éxodo: “Y matarás al carnero, y tomarás su sangre y la pondrás sobre el lóbulo de la oreja derecha de Aarón...”. Y así por el estilo.



El árbol de Jesé, página miniada del Salterio del Ingeburge de Dinamarca, ca. 1210

Pronto aprendí a calcular dónde quedaba cada uno de los libros. Era difícil localizar los atribuidos a los profetas menores, como el mismo Sofonías, Habacuc, Hageo o Abdías, ya que no pasan de una o dos páginas. Lo mismo el libro de Jonás. Pero era más fácil ubicar libros como el Levítico, Isaías o Ezequiel. Vencí en algunos duelos, pero lo más importante es que me habitué a leer la *Biblia*. La leí varias veces en mi juventud. La volví a leer otras tantas cuando comencé a escribir este libro.

Conozco algunas de las principales teorías científicas o pseudocientíficas que explican el origen de las religiones. Por otra parte, la necesidad de entender en qué creen los que sí creen me llevó, también desde muy joven, a leer una parte de la obra de Aristóteles y a los escolásticos como Aquino, San Buenaventura, Alberto Magno; después a Luis de Molina y Francisco Suárez, Duns Escoto. También, por supuesto, al fundador de la Escolástica, el santo inglés Anselmo, quien en su *Prologium* —discurso o alocución— estableció según él la prueba de la existencia de Dios, que a partir de Kant recibió el nombre de “prueba ontológica”, y que proclama que la idea de Dios como un ser absolutamente perfecto es en sí misma la prueba de su existencia. Todo eso me llevó, varios años después, a teólogos como los suizos Karl Barth y Hans Küng; al estudio —superficial— de otras religiones; a la adquisición desordenada de diccionarios y libros sobre religión; a la lectura de los profetas de los movimientos milenaristas y mesiánicos, y, por último —y de manera ya no tan superficial—, al misticismo judío y a la teología islámica; a la pasión, también, por la historia, y en particular la del judaísmo y el islam. El interés por el antisemitismo, por la Alemania nazi, por el Holocausto, por la negación de éste y por el conflicto en el Medio Oriente fue consecuencia natural de esa pasión.

Los creyentes pensarán que una buena parte de mi vida, hasta ahora, no ha sido otra cosa que una intensa búsqueda del Dios que perdí cuando era niño. Y que, como toda búsqueda, su propósito —consciente o inconsciente— ha sido el de encontrar el objeto del deseo.

Sin embargo, es evidente —al menos yo así lo veo— que creer o no creer es una cuestión de predestinación, y no de libre albedrío. No es posible tomar la decisión de comenzar a creer un día, a las diez de la mañana o las tres de la tarde, y comenzar a creer. En otras palabras, no se cree por el solo deseo de creer. Existen, sí, lo que unos llaman *revelaciones súbitas*, a las que yo llamaría más bien *alucinaciones*, que logran el milagro de la conversión. Quizá yo experimenté una revelación, pero en sentido contrario: el resultado fue una desconversión. Pero se trata de revelaciones que no obedecen a nuestra voluntad. Vienen de fuera, llegan, quizá de lo alto —otros dirían que de lo bajo—, pero nos son impuestas. Dos de las más célebres de esas conversiones

milagrosas, como sabemos, fueron la que tuvo Saulo de Tarso camino a Damasco y la que le ocurrió al emperador Constantino el Grande en el puente Milvio en las cercanías de Roma. Por supuesto, esta última estaba teñida de oportunismo político. De la misma manera, es imposible proponerse el dejar de creer un día, y lograrlo gracias a la sola fuerza del deseo. Comenzar a creer o dejar de hacerlo son cosas que pasan, nada más. Que nos pasan a los seres humanos. Tampoco he gozado del privilegio de ser un gnóstico, es decir, uno de aquellos que se acercan al conocimiento de Dios por medio del conocimiento de sí mismos: yo no me conozco, por la simple razón de que toda mi vida —como es el caso de casi todos los seres humanos, supongo— he sido una sucesión de *yo'es* distintos, con frecuencia contradictorios y en ocasiones simultáneos.

No considero, por otra parte, que sea el cristianismo el mejor método de conocerse a sí mismo, si comenzamos por odiar nuestra propia vida y odiar a nuestro padre, a nuestra madre, a nuestra mujer, a nuestros hijos, como condición para ser discípulo de Cristo, tal como lo expresa el Nazareno en el capítulo 14 del Evangelio según San Lucas: “Si alguno viene donde mí y no odia a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas y hasta su propia vida, no puede ser discípulo mío”, y de otra forma en el capítulo 10 del Evangelio de San Mateo: “El que ama a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí no es digno de mí”. Yo prefiero el humilde amor pedestre que he tenido a mis seres queridos. No cambiaría el amor por un hijo por ningún Cristo. Por ningún cielo.

Por último —y considero esto como un alivio—, los agnósticos no nos vemos obligados a escoger entre el libre albedrío y la predestinación, ni debemos preocuparnos por nuestra incapacidad de elegir entre esos dos conceptos antagónicos, o de aceptar su milagrosa coexistencia.

Lo único que me queda claro es que nadie tiene la libertad para elegir nacer o no nacer, ni el momento o las circunstancias de su nacimiento. Tampoco nadie tiene la libertad de elegir entre la muerte o la inmortalidad en este mundo, ni la hora ni las circunstancias de su muerte. La única libertad verdadera y completa es el suicidio.

Aun así, mi madre, si estuviera viva, diría —pese a que ella calificaría este libro como el de un hereje— que Dios fue quien me puso en este camino, y que por él he transitado de la mano de Dios.

[...]

EL MUNDO YA NO ES ANCHO NI AJENO

A lo largo de todos estos años no he cesado de hacerme algunas preguntas: ¿Qué me costaba a mí *no* escribir

nunca sobre el Holocausto y el antisemitismo, la historia del pueblo judío y del Estado de Israel, del islam y del *Corán*? ¿Quién me mandó hacerlo? A ningún novelista de ninguna nacionalidad se le puede reprochar que no escriba, no hable y no opine sobre estos temas. Tampoco a un historiador, que tiene el legítimo derecho de elegir entre otras miles de opciones. Pero cuando alguien elige estos temas, puede estar seguro de que le lloverán reproches desde todos lados.

Toda mi vida, además, he gozado de la amistad de numerosos judíos de diversas nacionalidades. En Londres, mis mejores amigos, y casi los únicos, eran judíos argentinos y mexicanos. Hice también amistad perdurable con judíos checos, uruguayos, israelíes y costarricenses. Casi sobra señalar que todos esos amigos son, o eran —algunos ya han desaparecido—, agnósticos, o si acaso practicantes tibios de su religión y de lo que podríamos llamar un “judaísmo social”. A todos ellos les agradezco la generosidad que siempre me brindaron. No hay necesidad de mencionar sus nombres. Ellos saben quiénes son. Conocen bien, creo, lo que yo considero mi honestidad intelectual. Espero que el contenido de este libro —si llega a sus manos un día— no los



Hileras de ángeles en el Breviario de Marmengold, El Escorial, siglos XIII-XIV

ofenda. Espero que sepan que siempre los he querido, y que he respetado y admirado además su clara inteligencia, y que seguiré haciéndolo el resto de mi vida.

Reproches podrían venir también, me imagino, no de los grandes eruditos especialistas del Medio Oriente —quienes, lo podría jurar, nunca se dignarán siquiera hojear estos modestos ensayos—, sino de mis coterráneos, es decir, de los mexicanos y de los que comparten conmigo esta tierra grande que es la América Latina.

Desde Bernal Díaz del Castillo, Sahagún, Solís y Rivadeneyra y López de Gómara hasta Jacques Soustelle, François Chevalier, Hugh Thomas, François-Xavier Guerra, John Womack, Friedrich Katz, Jean-Marie Le Clézio, Jacques Lafaye y Jean Meyer, los historiadores e investigadores europeos se han paseado por nuestra historia como lo hicieron los conquistadores por nuestras tierras. La diferencia es que estos últimos nos subyugaron, nos pauperizaron, destruyeron o intentaron destruir las culturas aborígenes, y los segundos, por el contrario, han enriquecido el conocimiento de nuestra propia historia, de nuestras historias; las han iluminado: la de los siglos XIX y XX, la colonial, la prehispánica.

Los conquistadores arrasaron con nuestra plata y nuestro oro. Los historiadores nos obsequiaron lo que no tiene precio: su conocimiento, su pasión, su sabiduría.

Han existido, desde luego, y existen excelentes historiadores mexicanos que se han ocupado de la historia de México con un gran amor y un gran conocimiento. Ha sido su derecho y su privilegio. Sin embargo, rara vez los historiadores mexicanos o latinoamericanos se han aventurado a incursionar en los grandes sucesos de la historia de otros países: las guerras de los Partos, la caída de Bizancio, las Cruzadas, las invasiones mongolas, la Revolución francesa, la Guerra de Secesión en Estados Unidos, la conquista, por los europeos, de África y del Medio Oriente; parecería que todos estos temas y mil más les están vedados.

Desde luego, no existen en nuestros países latinoamericanos las inmensas bibliotecas y los formidables archivos con los que cuentan los historiadores europeos y estadounidenses. De existir, sin duda serían un aliciente para que nuestros intelectuales se aventuraran a explorar otros ámbitos.

Pero, como dijo alguien cuyo nombre se me escapa, “la historia es algo demasiado serio como para dejarla sólo en manos de los historiadores”. Hoy más que nunca, en los tiempos en los que el mundo ha dejado de ser ancho y ajeno para ser estrecho y propio, es necesario que no sólo los historiadores, sino también los escritores mexicanos y latinoamericanos aprendamos a pasearnos por la historia de todas las naciones.

En lo que al Medio Oriente y al islam en general se refiere, desde luego que hay en México y América Latina especialistas de primer orden que han escrito numerosos y excelentes artículos y estudios. Ya he citado a algunos, y otros aparecerán más adelante en estas páginas. Se trata, sin embargo, en buena parte, de artículos aparecidos en revistas especializadas destinadas a lectores especializados. Muy pocos de esos historiadores se han propuesto llegar a un público general más amplio.

Entre las excepciones se encuentran autores como el argentino Hernán G.H. Taboada y los mexicanos Manuel Ruiz Figueroa, Santiago Quintana y José María Pérez Gay, y el costarricense Roberto Marín Guzmán.

Para poner fin a esta parte, que sirve de introducción, quiero citar las palabras con las que John L. Esposito comienza el prefacio de su libro *The Islamic Threat, Myth or Reality?* [*La amenaza islámica, ¿mito o realidad?*]. Dice Esposito: “Nunca tuve la intención de escribir este libro”.

Yo tampoco. Pero aquí está. **U**



Sala de los nombres, Museo Yad Vashem, Jerusalén

Fragmento del libro *Bajo la sombra de la Historia. Ensayos sobre el islam y el judaísmo* de próxima publicación bajo el sello del Fondo de Cultura Económica.